

Baltasar Porcel

**LA POLÉMICA EN TORNO A *BEARN*
VILLALONGA, EL BILINGÜISMO**

Leí, un tanto perplejo el larguísimo artículo que el pasado martes dedicaba aquí mismo Joan Fuster al resucitado tema de *Bearn* –y a mí–. Me hizo el efecto de un pez atrapado en la red, que cuanto más se revuelve, más liado se queda. Fuster se debatía, nervioso, disparado, sarcástico, resultando más incomprensible de lo que, en definitiva, pretendía.

Porque, ¿se trataba de afirmar que la catalana es una literatura existente? Por Dios, no lo dudaba ni el más encarnizado anticatalanista político cuando la prohibía. ¿O la finalidad era la de reconocer o explicar la realidad del bilingüismo, para así justificar que Llorenç Villalonga hubiera escrito *Bearn* en castellano? En este caso, le sobran alforjas para el viaje. Si Fuster hubiera leído mi texto original, el que ha motivado la polémica que corre por ahí, y que figura como prólogo a la nueva edición de *Bearn* en castellano, se hubiera encontrado con que mi conclusión es la siguiente, y cito con exactitud:

«Enfocar la cuestión lingüística en Lorenzo Villalonga sólo desde el ángulo del nacionalismo catalán y su proyecto cultural, es falsear por completo los hechos. Villalonga fue de formación castellana, y en todo caso francesa, y por voluntad propia se movió en dicha órbita. Su lengua hablada fue, en cambio, la catalana en su versión mallorquina, aunque simultaneándola obviamente con el castellano. Lo que no impide que como novelista del ámbito idiomático catalán haya conocido precisamente su triunfo y, de rebote, su proyección en castellano. La complejidad del tema, en todo caso, nos permitiría hablar de bilingüismo. Y, reiterémoslo, de complejidad. De una unidad compuesta de partes diferentes. Lo contrario de la esquizofrenia, en definitiva.»

No voy ahora a repetir cuanto vengo exponiendo en el citado y extenso prólogo, del que el tema lingüístico constituye sólo una parte, pero que ha sido desorbitada acaso con razón, ya que ahí reside uno de los grandes problemas de la cultura catalana: ¿pertenece o no a ella lo que, desde las tierras donde se habla esta lengua, ha sido escrito en castellano? En Mallorca, desde José María Quadrado a Lorenzo Villalonga, pasando por Juan Bonet. En Cataluña, desde Jaime Balmes a José María Gironella, pasando por Luis Goytisolo. Y cito adrede estos dos últimos autores: *Los cipreses crecen en Dios* es una amplia descripción de Gerona, y *Recuento* toda una recreación de una determinada Barcelona. Aparte ser ambos autores catalanes, de manifestar una determinación catalana, aunque no catalanista.

No voy a volver sobre lo que decía, repito, también porque en nuestro dominical de la semana que viene aparecerá un artículo mío, escrito a raíz del estreno de la película «*Bearn*», que precisamente tiene lugar hoy en Palma, en el que resumo la historia de la novela, y por extensión las vicisitudes literarias del propio Villalonga. Por

todo ello, me limitaré hoy a continuar puntualizando algunos extremos de la arenga de Joan Fuster.

Uno de ellos, que Villalonga no reescribió obras suyas en catalán y las editó en este idioma por «resentimiento» al no haber hecho nadie caso de su novela «Bearn» al aparecer en castellano, y por vez primera, en 1956. Villalonga publicó en catalán antes y después de esta fecha, siempre que se le pidió un original. Lo que él deseaba era publicar. Por razones de difusión, de formación, prefería el castellano, pero se amoldaba sin problemas al catalán, máxime cuando para él la cuestión idiomática era poco menos que funcional, en un sentido artístico.

El «resentimiento» de Villalonga era puramente literario: en 1956, cuando da a las prensas «*Bearn*» en Palma al entonces impresor y hoy periodista Pedro Serra, la novela acababa de concursar al premio Nadal, habiéndolo ganado *El Jarama*, por unanimidad del jurado. A partir de entonces, Villalonga escribió docenas o centenares de artículos en los que se refería, con dolida o indignada ironía al «behaviorismo», al «tremendismo».

Por lo demás, cuando Fuster se extraña de que «Bearn» pasara desapercibida en castellano, ¿cuántos libros no corren la misma suerte, si son de un autor prácticamente desconocido como le pasaba a él, y si un modesto editor de provincias es quien lo edita? Pero *Bearn* cosechó un cierto eco: críticos como Paulina Crusat –entonces en plena labor– o Antonio Vilanova, se ocuparon con elogio de la novela. Y se supo de su parecido con *El Gatopardo* porque, al traducirse ésta, Luys Santamarina la comparó con *Bearn*. Pero la novela de Villalonga, y muchas otras, quedaron marginadas ante el alud social-realista que invadió la literatura en lengua castellana. Insisto: de ahí provenía la razonable queja de Lorenzo Villalonga.

La literatura catalana, en cambio, nunca ha estado sujeta a movimientos tan pendulares y exclusivistas, y si por aquellos años privaba también el llamado realismo histórico, no por ello quedaron ahogadas otras tendencias. Si la literatura castellana en bloque se decanta por una moda, resulta difícil resistírsele a causa de su amplitud. En la catalana, este peso será muchísimo menor, al ser más reducidos nuestra producción y ámbito. Queda, entonces, más terreno donde moverse. Sobre todo, si la obra «desidente» posee auténtica consistencia literaria.

Dice igualmente Joan Fuster que yo, al contar cómo «Bearn» se escribió primero en castellano, hago una «boba autodefensa de su (mi) bilingüismo». En fin... También dice que la polémica suscitada es «interesada». Se ve que todo cuanto no concuerda con los esquemas de Fuster, es sospechoso o rechazable. Bien, que continúe así. Ya veremos en qué han parado sus prédicas de los años sesenta según las cuales en Valencia, Alicante y Castellón el catalanismo era un auténtico hervor, iba a reinar por doquier... Aunque, claro, deben ser todos los que no piensan como él los desviados por el error. Santa felicidad.

¿Cómo iba yo a «excusarme» sirviéndome de Villalonga, que tantos ataques de anticatalanismo ha recibido en su vida, que nunca ha sido aceptado en la «cofradía»?

Pero esto es secundario. Lo importante es que mi posición, sobre este tema, cuenta por lo menos con un cuarto de siglo de explícita militancia. Siempre me he considerado un escritor mallorquín en lengua catalana, que posee además y considera como suya y como lengua puente la castellana. En los años de dificultades y persecución, cuando el mismo Fuster proclamaba que escribía en la prensa en castellano porque la prensa en catalán había sido barrida, yo decía que escribía y escribiría en castellano en los periódicos por tres motivos: porque me gustaba, porque deseaba profesionalizarme y porque entendía que para dirigirse al mismo público catalán o mallorquín, y hablarle en un tono distinto al del régimen franquista, era imprescindible el uso del castellano.

Añade Joan Fuster que el castellano que yo hablo es «hórrido». Luego especula sobre el de Villalonga. A éste, a mitad de los años cincuenta e incluso en los primeros setenta, le oí hablar en castellano con otros escritores mallorquines –Joaquín Verdager, Juan Bonet...–, costumbre acaso de la guerra y posguerra, pero adivino que también de antes, en determinados casos. En cuanto a mí, me he cansado de repetir hasta la saciedad que funciono a base de tres idiomas. Primero, me considero mallorquín o catalanohablante por excelencia. Es la lengua que he mamado y la que siempre hablo. Segundo, como escritor mi bilingüismo es incuestionable, y he escrito muchísimo más en castellano que en catalán. Además, lo he hecho bien. Si: hablar me importa poco, no es mi profesión, y también hablo mal el catalán estricto, traicionándome de continuo lo dialectal mallorquín. Mi oficio es escribir, y me siento satisfecho de poseer un buen castellano, además de un buen catalán. Sin modestia. Tercero, como lector tengo que agradecer al francés tanto como al catalán y al castellano. Sin el concurso de la lengua francesa, sería distinto.

Y una cuestión –u otra– de fondo, para terminar: si Fuster acepta lo del bilingüismo, lo reitero, ¿a qué venía su artículo, su irritado y dislocado darle vueltas al asunto? ¿Acaso lo que en verdad encrespa a Joan Fuster es que la realidad no se ajuste a sus ideas?

[*La Vanguardia*, 8 abril 1983, p. 5]